

ejemplo, los tintoreros, tejedores y cardadores de lana que se agregaron á los pañeros. Ocurria á las veces que al interponer una demanda, se encontrasen por jueces á sus propios maestros ó á los compañeros de sus adversarios. Encolezados por esto los plebeyos ó *Ciampi*, y temiendo al mismo tiempo ser castigados por sus pasados desórdenes, se sublevaron de repente, y á mano armada saquearon las casas de los sospechosos; despues levantaron horcas en las plazas para los ladrones, porque se proponian quemar las casas con cuanto contenian. Entónces confirieron la caballería á Silvestre de Médicis y á otros sesenta y cuatro ciudadanos que les eran adictos, los cuales aceptaron este honor peligroso por temor de ser asesinados.

Situada la señoría en su palacio, los Ciampi propusieron que los oficios dependientes de los fabricantes de paño formasen una corporacion particular, con sus cónsules como los tintoreros, barberos, sastres, esquiladores, sombrereros y fabricantes de cardas, que se soltasen todos los reos, excepto los traidores y rebeldes, y que á ninguno del pueblo bajo se le pudiese citar á juicio durante dos años por deuda que no llegase á cincuenta florines. Estas y otras proposiciones de ménos importancia les fueron concedidas; pero las peticiones se aumentaron de tal modo que los priores abdicaron, no encontrando otro partido que adoptar. Los Ciampi se apoderaron de las puertas de la ciudad; eligieron por jefe á Miguel Lando, cardador que se hallaba á la sazón entre aquella muchedumbre descalzo y casi desnudo (1), y precediéndoles con el estandarte de justicia se dirigió al palacio de la república, donde á gritos fué nombrado gonfalonero de justicia y encargado de reformar el gobierno.

Este pobre y honrado hombre, valeroso, prudente y sensato, hizo cesar las violencias de los ocho de la guerra; apaciguó los partidos con su firmeza; nombró una señoría compuesta de tres individuos de las artes mayores, tres de las menores y tres de las nuevas; reprimió á los Ciampi hasta el punto de asaltarlos el mismo en los consejos y arrojar de allí un millar de los mas pertinaces, y de este modo fué vencida la desenfrenada muchedumbre por su propia hechura. Terminado el año resignó la dignidad que le habian confiado, y obtuvo el honor de ser conducido á su casa por los oficiales de la señoría con las armas del pueblo, llevando la tarja, la lanza y un palafren ricamente enjaezado. Pero pronto se disgustaron los gremios por los tres que se habian elegido de los Ciampi, y la señoría se compuso de cuatro miembros de las artes mayores y cinco de las menores, excluyendo nuevamente á los Ciampi.

Vencido el partido güelfo, quedó el dominio en manos de los Gibelinos, que condenaron á muerte á los principales de los Albizzi, acusados

(1) Son palabras de los historiadores; pero tambien consta en los registros que, en 1366, él era podestá en Mantúo, bajo el dominio de los Ubaldinos, y en 1377 en Firenuola.

Motín de los Ciampi, 20 de julio.

de haber conspirado con las tropas de Carlos III, de la familia real de Nápoles; muchos ciudadanos se degradaron entre los nobles, y asalariando á Juan de Acuto, consiguieron el dominio. Pero en 1382 los Güelfos, por medio de la fuerza, recobraron el poder, abolieron los gremios del pueblo bajo, y Tomas de Albizzi, que quedó al frente del gobierno, anuló las leyes que procedian de la revolucion de los Ciampi, desterró á Lando y á los otros jefes de la plebe, afirmó á los grandes en el poder, vigilando siempre las opiniones opuestas y contrariándolas sin tregua, y tambien sin exasperarlas.

En aquella época la república se habia posesionado de Arezzo á título de compra; pero por causa de Montepulciano, ocurrió un rompimiento con Siena. Esta buscó la amistad de Juan Galeazo, que á instancia de los desterrados que pululaban en la Lombardia, se obligó á mantener en Toscana setecientas lanzas al servicio de Siena. De aquí se originó la guerra que ya hemos referido, la cual, despues de la paz de Venecia, se continuó con negociaciones que tenian por objeto evitar el engrandecimiento de Juan Galeazo por la parte del Norte y el de Ladislao de Nápoles por el Sur, el cual era tan pérfido como los Visconti, y tan valeroso como estos cobardes. Entónces el patronato de la Italia no estaba ya en manos de los fuertes, como ellos presumian, sino en la de los Florentinos, que con su sagacidad prevenian los acontecimientos generales, y á la prepotencia del fuerte oponian la liga de los débiles.

Juan Galeazo estimuló á Benito Mangadori á arrebatár á San Miniato del poder de los Florentinos, atrajo á su partido á los que gobernaban á Siena, se apoderó de Perusa, y no pudiendo atraer á su amistad á Pedro Gambacorti, señor de Pisa, incitó á su secretario Jacobo de Apiano á que le asesinase para sucederle, y tratar de someter tambien á Luca; despues obtuvo de Gerardo, hijo de este, á Pisa con su territorio; reservando á aquel la isla de Elba y el territorio de Piombino, que formaron un nuevo principado. Florencia procuraba en vano salvarse del peligro que la amagaba, organizando una liga güelfa, y se hallaba en gran conflicto, cuando la muerte de Juan Galeazo vino á salvarla. Su hijo natural, Gabriel Maria, heredó á Pisa, y no pudiendo conservarla, la vendió á los Florentinos por doscientos seis mil florines; pero los Pisanos tomaron las armas, y solo despues de haber sostenido un largo sitio, se resignaron á la servidumbre.

Gino Capponi, hombre de corazon íntegro, el cual se habia señalado en aquella guerra (1), se alegró al ver asegurada esta nueva adquisicion con la del puerto de Liorna, comprado á los Genoveses por cien mil florines, y destinado á obtener la importancia que Pisa perdía, proporcionando á los Florentinos medios de dedicarse

(1) Tenemos escritos por él el *Tumulto de los Ciampi* y los *Comentarios sobre la conquista de Luca*, que me parecen las mas hermosas y nobles historias de nuestro idioma.

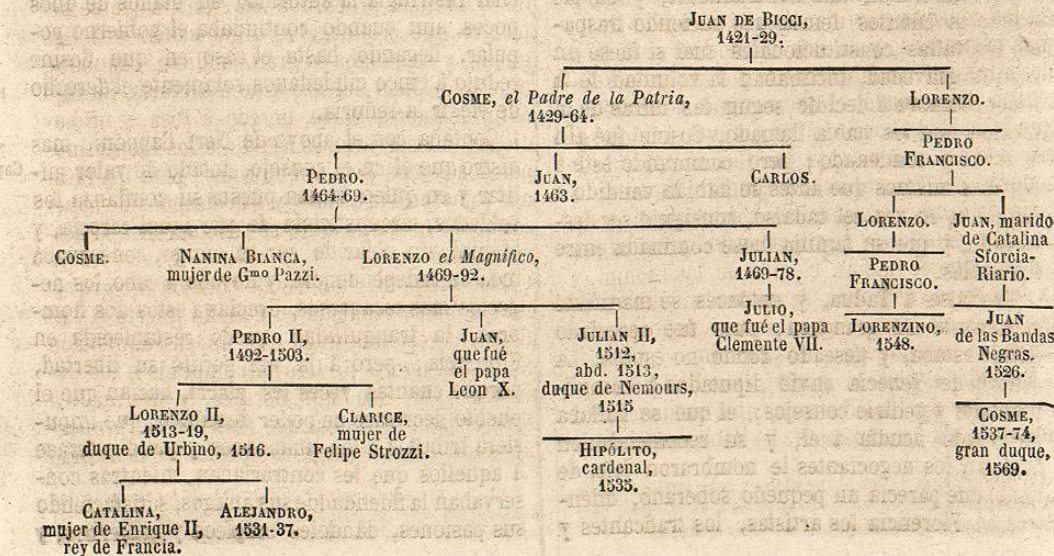
al comercio con lejanos países, sin depender de Génova ó Venecia, y facilitando de este modo con el aumento de las fortunas privadas el de la fortuna pública. Al momento se proveyó á la seguridad de este puerto, en él se botó al agua la primera galera armada para la navegacion hácia Oriente; se reglamentó y amplió la autoridad de los cónsules de mar, y pronto tuvo Florencia naves suficientes para hacer frente á Génova y derrotarla.

Las nuevas ordenanzas establecidas en Florencia la hacian prosperar interiormente: todo el que era admitido ciudadano debía fabricar en la ciudad una casa, cuyo valor fuese á lo ménos de cien florines; las escrituras públicas se inscribian en los libros de las Reformaciones (*Reformazioni*); se convirtió en ley la compilacion de los estatutos; se mejoró la moneda; se creó un nuevo monte para atender á los gastos; se formó el catastro de los bienes, de modo que cada propietario pagase medio florin por ciento de capital (1). La nueva industria del hilo de oro progresó hasta tal punto que no se conocia ya el que pudiese rivalizarle; los brocados y telas llegaron á su mayor perfeccion; solos los cambistas del Mercado Nuevo giraban dos millones en oro. Se hermoseó la ciudad con obras de los primeros ingenios; se mandó que cada gremio colocase el escudo de sus armas y la estatua del Santo que fuese su patrono en uno de los nichos exteriores de San Miguel del Verjel, donde trabajaron el mármol y bronce Donatello, Andres de Verocchío, Baccio de Montelupo, Nanni del Fianco, Simon de Fiesole y Lorenzo Ghiberti, á

(1) El catastro contenia el nombre de cada ciudadano, su edad y profesion, el importe de su fortuna en bienes inmuebles y muebles de toda especie.

(2) Cuando la familia de los Médicis llegó á su engrandecimiento, inventó genealogías para añadir el esplendor de sus ascendientes á una casa de la clase média. Pero ninguno de los historiadores italianos notó este hecho que se encuentra en la *Historia de la anarquía de la Polonia*, por Rulhières, esto es, que la familia Mikali ó Jatran, cabeza de los Mainotas del Peloponeso, y célebre tambien en las últimas guerras, fué el tronco de los Médicis de Florencia, cuyo nombre es traducido del griego. De Juan de Médicis, hijo de Averardo, procedieron dos líneas, una que dió á Cosme, padre de la patria, Pedro, Lorenzo el Magnífico, Leon X y Clemente VII, y la otra al gran duque Cosme y su dinastía.

Para aclarar mas los pasajes de la historia que hemos de continuar, parece oportuno poner aquí su árbol genealógico:



que no ofendiesen á nadie, y que en los negocios públicos no buscasen mas de lo que permiten las leyes y la libre voluntad de los hombres.

Cosme quedó jefe del partido, heredando la habilidad y las virtudes de su padre; pero teniendo mayor resolución para las cosas públicas. Persuasivo, sufrido, dispuesto siempre á adoptar medios suaves y á servir á sus amigos con sus riquezas, sabía en su caso tomar fuertes medidas. Favoreciendo las letras y las artes, abrió nuevas vías á la laboriosidad, entonces siempre en aumento; el giro de los bancos proporcionaba recursos á los desterrados para que no se viesen reducidos á la miseria, y enlazaba á estos por interés y por gratitud con la familia que mas se ejercitaba en el cambio; los guerrilleros depositaban en ellos sus ahorros ó pedían á los banqueros cantidades anticipadas. Cosme adquirió mayor opulencia, porque nunca abandonó la vida privada y no tuvo necesidad de un fausto en su casa que deslumbrase á los ciudadanos, ni de comprar ministros extranjeros, ni ménos asalarar tropas, de modo que sus gastos personales jamas excedieron de cincuenta mil florines, mientras Sforzia gastaba trescientos mil antes de ser duque. Los instrumentos de la elevación de los Médicis al poder fueron sus virtudes privadas, sus prudentes consejos, el sentimiento popular, su calma en medio de la efervescencia de los partidos, y su generosa beneficencia.

La guerra de Luca, dirigida entonces desgraciadamente, aumentó su reputación, quitándola á los Albizzi y otros, de quienes siempre fué instigador Nicolas de Ozano, enemigo no obstante de adoptar medidas violentas. Muerto este, y concluida la guerra, fermentaron de nuevo las malas pasiones, y Reinaldo de Maso de los Albizzi comenzó á maquinarse con la mayor actividad para derribar á Cosme y apoderarse del gobierno. Dispuestas sus filas tocó á rebato, y convocó una de aquellas asambleas que se celebraban en la plaza, donde todos acudían en tropel y deliberaban tumultuariamente, y en las que unos cuantos demagogos haciendo traspasar las vallas constitucionales, cual si fuese un caso de gravedad, inclinaban la voluntad de la muchedumbre á decidir según las miras de la facción que los había llamado. Cosme fué allí acusado y condenado; pero comprando este á aquellos mismos que antes se habían vendido á Reinaldo, en vez del cadalso, consiguió ser desterrado, y que su familia fuese confinada entre las nobles.

Marchóse á Padua, y entonces se manifestó claramente su grandeza, pues fué apreciado donde estaba, y deseado donde no estaba. La señoría de Venecia envió diputados á cumplimentarle y pedirle consejos; el que se hallaba necesitado acudía á él, y su recomendación bastaba; los negociantes le nombraron jefe, de modo que parecía un pequeño soberano, mientras en Florencia los artistas, los traficantes y

los pobres, sentían la falta de su apoyo. Apenas transcurrió un año, cuando se nombró una señoría que le era favorable, la cual le volvió á su patria, desterrando á Reinaldo y á sus parciales. Este, que no conocía aquella virtud que hace al hombre esperar con tranquilidad, no hallando otro partido que elegir, fué á solicitar el favor de Felipe María contra su patria, y salió hacia aquel territorio con Nicolas Piccinino; pero los Florentinos le opusieron á Francisco Sforzia, que los venció, y aunque Reinaldo trabajó sin descanso por regresar á su patria, todo fué en vano, y al fin concluyó sus días en Tierra Santa.

Cosme regresó en triunfo, siendo proclamado bienhechor del pueblo y padre de la patria, y se vengó proscribiendo á muchos de sus contrarios, condenando á otros por cosas de poquísima importancia, y oprimiendo á todos; y á quien le advertía que la ciudad se hallaba en decadencia por efecto de los muchos desterrados, le contestaba: « Mas vale ciudad decaída que perdida; además, no os inquietéis, que con dos varas de paño fino se puede hacer un hombre de bien; » es decir, llenar este vacío con gentes forasteras. Conoció su poder, y al mismo tiempo comprendió que, para consolidarlo, le convenía dar importancia á su patria en toda Italia, y tranquilidad á esta, equilibrando sus Estados. Al efecto, asoció á su dinero la espada de Francisco Sforzia, las dos potencias de aquella edad, el banquero y el jefe de bandas, y observando que en cada ciudad italiana dominaba siempre una familia, pensó hacer otro tanto con la suya en Florencia, no por medio de las armas, sino ofreciendo á los ingenios nuevos atractivos y distracciones en las artes y ciencias, impulsando el comercio y manejando diestramente las intrigas políticas.

De este modo, sin subvertir la constitución, ni las leyes, fundaba la tiranía de la riqueza. El comercio había producido una desigualdad inmensa en las fortunas de los ciudadanos, y los ricos se procuraban admiradores y clientes, lo cual restringía la autoridad en manos de unos pocos, aun cuando continuaba el gobierno popular, llegando hasta el caso en que Cosme redujo á cinco ciudadanos solamente el derecho de elegir la señoría.

Contaba con el apoyo de Neri Capponi, mas disto que él en el consejo, dotado de valor militar y en quien tenían puesta su confianza los soldados, circunstancia de que aquel carecía, y el cual, sin dejar de ser su amigo, conservaba toda su independencia, y llevaba á cabo los negocios mas escabrosos. Gracias á estos dos hombres, la tranquilidad quedó restablecida en Florencia; pero á la vez perdió su libertad, porque cuantas veces les placía, hacían que el pueblo decretase un poder despótico, que impusiera tributos á los ciudadanos y que desterrase á aquellos que les contrariaban, mientras conservaban la fidelidad de sus amigos, satisfaciendo sus pasiones, dándoles empleos y gobiernos, y

cerrando los ojos respecto de los manejos de que se valen los seres viles que siempre están ligados á los poderosos.

1455. A la muerte de Neri parecía que Cosme, libre de este último obstáculo, debía aumentar su grandeza; pero ocurrió lo contrario porque perdió su apoyo, y sus adversarios proyectaron entonces humillarlo, aboliendo la balía y volviendo á dejar á la suerte la elección de la señoría, la que celebró el pueblo con trasportes de júbilo, cual si hubiese recobrado su libertad. Sin embargo, Cosme no perdió por ello ni un solo grado del ascendiente que ya había adquirido, porque usó de él moderadamente, y porque los hombres nuevamente comprendidos en la urna de elección le estaban unidos por intereses y relaciones comerciales, ó sujetos por gratitud y por esperanzas. Además, que no estando ya los empleos circunscritos á unos pocos, sus enemigos eran ménos fuertes. Pronto reconocieron estos su error y procuraron que se restableciese la balía, pero Cosme, antes de acceder, dejó que sintiesen los efectos de su inexperiencia, y cuando Lucas Pitti fué nombrado alférez, les dejó que emprendiesen la reforma. Pitti sostenía con el terror un gobierno adquirido por la fuerza, recurriendo á él los pretendientes y los necesitados, y siendo su casa la reclusión de todas las gentes de mala vida. Con los regalos que recibió, construyó el palacio Rusciano en la ciudad, que se ostentaba majestuosamente sobre el monte, mientras que en el llano conservaban los Médicis la hermosa, pero sencilla casa de la calle Larga.

Retirado Cosme en ella, aparecía mas grande porque solo debía su lustre á su mérito personal. La embellecieron con preciosas pinturas fray Angélico, Pippo y Masaccio; Donaullo le aconsejó que reuniese allí las obras maestras de los antiguos; no pedía á sus corresponsales únicamente mercancías y dinero, sino también códices que mandaba copiar; protegía á los literatos, especialmente á los que habían huido de Constantinopla, y la biblioteca Lauretana fué fundada con sus libros. Otra estableció en la abadía que construyó al pié del monte de Fiésola; otra en San Marcos de los Dominicos, que fué una de sus fundaciones, así como San Jerónimo en Fiésola, San Francisco del Bosque en Mugello, y San Lorenzo, además de Santa Cruz, de la Anunciación y San Miniato en los Angeles, cuyos arquitectos fueron Felipe de San Brunellesqui, Michelozzo y otros de los mas célebres (1). Muchas fueron las fundaciones piadosas que dejó en Venecia, un hospital en Jerusalem, un acueducto en Asis; no es, pues, maravilla que en el extranjero fuese considerado como un gran príncipe, viviendo en su patria como un simple particular. ¿Quién puede calcular sus

(1) Si creemos á Lorenzo el Magnífico, la casa de Médicis gastó en edificios y limosnas desde el año 1434 al 74, la cantidad de 663,735 florines de oro, que equivale á 52 millones de francos.

riquezas? Baste decir que tenía en propiedad ó arrendadas todas las minas de alumbre de Italia, y por una de ellas que estaba en la Romanía, pagaba cien mil florines anuales; extendía su comercio á la India por Alejandría, y no había ciudad donde no tuviese bancos; prestó grandes sumas al rey de Inglaterra, y las anticipó al duque de Borgoña. Teniendo á su disposición los guerrilleros y sabiendo que el mundo no se gobierna con Padres Nuestros, mantuvo en equilibrio las potencias de Italia, fué treinta años jefe, no tirano de su república, á la cual añadió los territorios de Borgo Sansepulcro, Montedoglio, el Casentino y el valle de Baño. En este tiempo de tranquilidad se amortiguó el celo por la libertad; los Florentinos, así como los demas Italianos, se acostumbraron á ver grandezas fuera de la política, y el artista, el literato y el rico comerciante se felicitaban al hallarse libres de las cargas que en otro tiempo habían experimentado (1).

Así quedó su patria cuando murió en su quinta de Careggi, siendo llorado de sus amigos por los beneficios que de él habían recibido, y de sus enemigos por los males que preveían cuando cesase de contener á los poderosos. Entonces Lucas Pitti ejerció la tiranía descaradamente, sin mas oposición que la de Pedro, hijo de Cosme, débil de alma é inútil de cuerpo por estar tullido. Las familias de Florencia habían tenido un interés en sostener á Cosme por los préstamos con que los socorria en sus necesidades, anticipándose á darlos antes que se los pidiesen; pero Pedro, queriendo remediar los contratiempos que habían experimentado sus negocios á consecuencia de enormes gastos, quiebras, y de no atender á ellos personalmente, pidió los capitales prestados para invertirlos en la compra de tierras. Esto ocasionó muchos perjuicios, siguiéndose varias quiebras que se le imputaron, haciendo un triste parangón de su avaricia con la liberalidad de sus padres. Entonces se propusieron quitarle la reputación y el gobierno, y restablecer la libertad. Suprimida la balía por las maquinaciones de Lucas Pitti, se dejaron á la suerte las elecciones, y con gran alegría del pueblo, fué proclamado alférez Nicolas Saderini, republicano leal, pero débil, el cual necesitaba que le guiasen, en vez de saber guiar cual correspondía á su destino. La facción del Poggio, como se llamaba la de Pitti, teniendo su esperanza en el desorden, se le opuso cuando trató de reformar el Estado por las vías legales, de modo, que salió de su empleo sin que nada llegase á concluir.

En este tiempo murió Francisco Sforzia, el mejor amigo de los Médicis, y Galeazo María reclamó que se le continuase el sueldo que había disfrutado su padre como guerrillero de la

(1) Rousseau, que tuvo la idea de escribir la historia de Cosme de Médicis, decía á Bernardino de Saint-Pierre era un simple particular que llegó á ser soberano de sus conciudadanos con hacerlos felices; solo se elevó y mantuvo por medio de los beneficios.